

VII

El desayuno lo tomaron en el jardín, bajo el toldo del cenador formado por una parra frondosísima y un limonero, repleto de dorado fruto. Como era consiguiente, hablaron de la «Aurora».

— ¿Te despertó la música? — preguntó doña Micaela.

— Sí — dijo Juan; — y me asomé á la reja.

— Pues no oí nada.

— Lo supongo; procuré no hacer ruido. Quería gozar plenamente, sin que se enterasen los cantores, de la belleza de ese acto.

— No creas que se les da más á ellos — observó Eugenia. — Esta gente no se corta por nada. Ya verás, cuando les hables. Como si toda la vida te hubiesen visto.

— Ya, ya sé. Los aldeanos son muy serenos. Probablemente, es que temen descubrir sus impresiones... ¿Es cosa tradicional, la Aurora?

— Antiquísima — dijo el tío Vicente, — pero

ya va de capa caída. Cada vez hay menos devotos que se presten á trasnochar. Sin ser la Aurora la patrona del pueblo, se le hace todos los años gran fiesta. La limosna que recogen los sábados es para eso; pero la fe se va, y la crisis económica pone tiento en las manos más limosneras.

— ¡Lástima! La poesía de ese canto debería hacer que se conservase siempre. Si yo fuera rico, subvencionaría todas esas cosas.

— Te lo agradecerían mucho los curas — apuntó Cristóbal sonriendo.

— No lo creas, porque mi subvención sería puramente para los cantores. La fiesta quedaría encomendada á los devotos.

Doña Micaela y Eugenia amenazaron cariñosamente con las manos.

— ¡Judíotes! No empecéis con esas bromas.

— Prometo la neutralidad y el respeto á todas las creencias — dijo Juan con seriedad cómica, riendo entre dientes.

Y volviéndose al tío, preguntó:

— ¿Qué va usted á hacer ahora?

— Quedarme en casa. Para mí es hoy un día ocupadísimo.

— Entonces, tomo por *cicerone* á Cristóbal. ¿Quieres? Deseo andar un poco por el campo.

— Bajad al pueblo — insinuó la tía.

— No, al pueblo no. Quédese para otra vez. Necesito campo, campo. La humanidad vendrá más tarde.

Y salió del jardín, seguido por Cristóbal.

33104

— Tú guías — dijo Juan dándole una palmada en el hombro á su primo.

— ¿Qué prefieres, la montaña ó el mar? — preguntó el adolescente.

Vaciló Juan un momento.

— Vamos á la montaña.

Entraron en el cauce de una acequia, desprovista de agua en aquel momento, y bordearon un plantío de seculares olivos y algarrobos. Juan iba alegre, animoso, interesado por la novedad del paisaje. Cristóbal sentía un doble placer en aquel paseo. Acompañaba á su primo, por quien experimentaba una admiración sin límites y cuyas palabras oía como las de un oráculo; y gozaba de lo que rara vez solía concederle la excesiva solicitud de sus padres: caminar libremente de aquí para allá, alejarse del área de terreno inmediato á la casa, que aburría de puro sabido, buscar impresiones nuevas á su imaginación ardorosa, que las lecturas constantes arrojaban, por reacción natural en los adolescentes, hacia los espectáculos de la naturaleza, en los que soñaba hallar algo extraordinario, correspondiente al instintivo anhelo aventurero de los muchachos lectores de novelas. Su familia lo consideraba como un niño. Para todos era «el chico», que necesitaba tutela continua, como si todavía fuese infante. Su personalidad, que surgía potente, se rebelaba contra aquella amorosa esclavitud y le hacía figurarse aún más bellas de lo que en la realidad eran, todas las cosas de que se veía privado, especialmente la libertad,

tan querida de los jóvenes. Su contento expresábase en charla continua, atropellada, con que iba explicando á Juan todas las particularidades de los campos por donde avanzaban.

— Ese olivar es nuestro... hasta aquella viña de allá abajo, que es del alcalde... Fíjate en este algarrobo. Tiene el tronco hueco. Siempre me he figurado que ha de esconderse en él alguna serpiente... En esa casa de las palmeras, por donde vamos á pasar, vive el tío Llanto, uno de los labradores más viejos del pueblo. Todas estas tierras las lleva él en arriendo y las cuida muy bien... ¿Sabes lo que son esas plantas?... Melones, hombre. Están muy atrasados.

Parecía un niño, realmente. Sus observaciones eran de un candor extraordinario, y Juan las oía con el mismo placer con que se oyen las de un infante, para quien todo el mundo es novedad y se figura que también lo ha de ser para los otros; y complaciase en provocarlas, con incesantes preguntas y llamadas de atención. Aquel contacto con un espíritu fresco, todo espontaneidad, aumentaba la impresión de sosiego, de vida sencilla y sin sobresaltos que desde la llegada del coro de la Aurora se había apoderado de él.

Pasaron por delante de la casa de las palmeras. El sol la inundaba, cubriendo con un tono rojizo brillante, el revoque de los muros, agrisado por la acción del aire y las lluvias. La puerta, abierta de par en par, dejaba ver un trozo de la cocina, que por contraste con el exterior parecía una mancha

negra. Sentada en el suelo, con las piernas recogidas á usanza árabe, una mujer, cuyos ojos, rasgados, llenos de luz, eran la única nota viva en la cara demacrada é intensamente morena, retorció fibras de esparto entre las manos para fabricar cordelillo. En el fondo, la nota blanca de unas cantarillas de barro colocadas sobre un vasar de madera, alegraba la vista y producía una sensación deliciosa de frescura. Juan y Cristóbal dieron los buenos días. La mujer miró, deteniendo su faena un instante; y luego, sin contestar, bajó la cabeza y siguió trabajando.

Poco después, salieron los dos primos á un camino carretero, en uno de cuyos lados se abría una acequia ancha y profunda, llena de agua.

— Es la dula — dijo Cristóbal.

— ¿Y qué es la dula? — preguntó Juan, mirando el agua terrosa que corría sin ruido, pero con gran velocidad.

— El riego — contestó el muchacho. — Con esto se riegan las tierras. Mira los martaveros.

A unos cien metros, tres hombres, sentados sobre el ribazo, á la sombra de un algarrobo, fumaban con aire indiferente, sin hablar palabra. Iban los tres en mangas de camisa, uno de ellos sin chaleco y otro en zaragüelles blancos y descalzo. Los tres expresaban en sus caras tranquilas, perezosas, un supino desprecio del tiempo; dejaban correr la vida sin afán por el minuto venidero, sin tristeza por el que pasaba. Eran la representación genuina de una raza imperturbable, á lo menos en

la apariencia, que no tiene nunca prisa, como si esperase que cada cosa se ha de cumplir cuando conviene que se cumpla.

— Son los guardas de la dula — continuó Cristóbal. — Cuentan los minutos que cada labrador riega y los apuntan, para cobrar luego.

— ¿Se vende, pues, el agua aquí? — preguntó Juan excitada su curiosidad.

— ¡Claro! — dijo Cristóbal, como extrañado de la pregunta. — El que no tiene, la compra á los otros y riega.

— Has de explicarme eso, que no conozco.

— No sé. El papá te dará detalles. Él sabe mucho de esas cosas.

Siguieron andando un trecho por el camino. A un lado y otro continuaban los campos de arbolado, con raros trozos de huerta, plantada de maíz, pimientos y melones. El sol calentaba ya mucho y la vegetación toda tenía un aire de sequedad, de agotamiento, que daba pena. Á cada paso levantaban ambos primos nubecillas de polvo calizo, que una brisa ligera llevaba á los bancales cercanos. Algunas casas, muy raras, construídas de espaldas al camino, parecían desiertas.

De pronto, Cristóbal torció á la izquierda por una senda llena de arena, como si el mar estuviese próximo. Á poca distancia atravesaron una rambla pedregosa, en cuyo suelo crecían matojos enanos, de un verde gris que contrastaba con la blancura deslumbradora de los cantos rodados. En medio del cauce alzabase lozana una adelfa de

flores rojas, que parecían sangrar. El aspecto de desolación de aquel terreno, sobrecogía el ánimo.

— Es el barranquillo — dijo Cristóbal. — Cuando llueve fuerte en la montaña, hay que temerle.

El silencio era entonces abrumador, pero sedante. Ni voces de hombres, ni cantos de pájaros, ni rumor de insectos. La montaña, que cerraba el horizonte por el Norte, parecía tocarse con la mano y convidaba con sus recodos de sombra violácea. Ganoso de prolongar aquella sensación de reposo casi mortal, Juan, despreciando el sol que caía á plomo, trepó por la colina más inmediata, pisando las matas de tomillo que exhalaban fuerte perfume, ensanchador de los pulmones.

■■■■■■■■■■

VIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Traspuesta la colina, el terreno volvía á bajar, formando una hondonada en que se repetía el constante plantío de almendros y algarrobos, pero más espaciados que en la llanura. Los bancales, en escalones protegidos por muretes de piedra seca, aprovechaban todos los trozos posibles de tierra vegetal. Más allá empezaba el monte, de laderas ásperas y repliegues profundos, orientados todos del mismo modo, marcando el camino secular de las aguas. Juan y Cristóbal siguieron subiendo, encantados de la soledad del paisaje, hasta llegar á una estrecha garganta donde crecían algunos juncos alrededor de charcos verdosos, vivienda de ranas y sapos.

— Por aquí debe haber una fuente. Será la que llaman de los Pastores. Si nos sentamos un poco, oiremos las perdices — dijo Cristóbal.

En una de las laderas de la garganta, alfombrada de tomillo y romero, elevábase un colosal algarrobo. Al amparo de su sombra recostáronse

ambos primos, el uno dominado por la grandiosa tranquilidad de la Naturaleza, excitado el otro por lo que era para él novedad tanto más gustosa, cuanto más vedada.

Veíase desde allí toda la llanura, que la perspectiva hacía aparecer como un bosque ininterumpido, de cuya superficie verdosa emergían remates de casas blancas, tejados rojos y la espadaña de la iglesia, con sus dos arcos. La limpidez del ambiente y la fuerza del sol, permitían apreciar menudos detalles á gran distancia. El mar, de un azul intenso, tendía al Sur su ancha faja, en que no se advertía movimiento alguno. Un vapor de cabotaje dibujábase en el horizonte como una miniatura, coronado de humo negro; y era preciso referirlo á un punto fijo de la llanura, para notar que andaba muy de prisa, proa al Nordeste. El conjunto, inundado por el torrente de luz de aquella mañana estival, de cielo limpio y profundo, parecía sumido en una modorra pesada, como si durmiera sofocado por el calor cada vez más intenso; y esta impresión de soñolencia era todavía más fuerte en la fresca sombra del algarrobo, que una brisa suave, henchida de los olores del monte, oreaba de continuo.

— ¡Qué bien se está aquí! — dijo Juan, lanzando un suspiro de satisfacción. — Nada nos turba, nada nos apremia, todo convida al reposo y al olvido de los afanes de la vida. ¿Cómo habrá quien desdeñe el campo? Una casita en estas alturas, lejos de los hombres, rodeada de silencio, y el

gran libro de la montaña, del mar, de la Naturaleza toda, abierto ante nosotros, para que lo hojeemos sin fatiga, siempre nuevo. ¿Para qué felicidad mayor?... ¿No te parece, Cristóbal?

— Es uno de mis deseos más vivos. Figúrate que no me dejan venir aquí casi nunca. Siempre en el jardín de casa, ó en el pueblo, dando conversación al cura, al alcalde, á los labradores, una colección de fastidiosos que no saben hablar de nada. Algunas veces vamos á la playa, pero no me dejan embarcar. Mamá tiene miedo de todo y papá cree que voy á quebrarme al menor movimiento que haga fuera de su presencia. Y eso que él no para un instante, y con sus setenta años corre todo el término casi diariamente... Luego me predicán que no lea tanto, que deje los libros á menudo. ¿Para qué? Los prefiero á la monotonía de lo archiconocido.

— Tienes razón. Pero así y todo, tu vida es envidiable. Si yo pudiese estar siempre en una casa como la vuestra y como tú estás, ajeno á todo cuidado, dejando que corran los días unos tras otros, entre el placer del estudio y los espectáculos de la Naturaleza, créeme que no apetecería más.

— Yo sí — repuso el mozo, brillándole los ojos. — Me gustan mucho los libros; apetezco mucho andar libre por el monte y por el mar, pero también quisiera ir á Madrid, al mundo en que tú vives, para luchar, para ser algo, para conquistarme un nombre... Luego, en los momentos de descanso, volvería aquí, á buscar fuerzas nuevas en esta tranquilidad imperturbable.

— ¡Ay, no! — interrumpió Juan. — Te engañas. No sabes lo que es la lucha aquélla. Es como una máquina enorme, de engranajes muy complicados. Si te dejas coger un dedo, te arrebatan y te destroza entre los dientes de sus ruedas. Ya no sales de allí. El vértigo mismo del movimiento te seduce; y se necesita llegar á un grado de agotamiento supremo en que, á veces, apunta la conciencia dormida del peligro, para poder hacer un esfuerzo, grande, muy grande, y arrancarse á la seducción. No, no desees cambiar de vida. Tu padre está en lo cierto. Sigue aquí; herédalo en el cuidado de vuestras tierras. Conténtate con la dorada medianía que gozáis. Si sales de aquí de vez en cuando, hazlo como viajero que va á satisfacer su curiosidad, pero que suspira siempre por las comodidades y el reposo de su casita. Y, puesto que la vida de la inteligencia te atrae, cultívala en tu retiro, y si tienes que decir algo al mundo, échasele como por una ventana, pero no salgas al arroyo.

Calló Juan, dejando á Cristóbal pensativo, la mirada fija, inmóvil, en el mar lejano.

— Pero si todos hiciéramos eso — objetó tras de una larga pausa, en que su pensamiento estuvo trabajando la réplica, — ¿cómo marcharía el mundo?

— Tranquilízate, no lo harán todos, ni los más, siquiera. Pero el que puede salvarse, ¿por qué no se ha de salvar? — contestó Juan con vehemencia que tenía algo de dolorosa. Y luego añadió: —

También hay hombres, muchos, que conservan su serenidad, que no sufren en medio de la lucha: unos son egoístas, que van á su provecho propio y todo lo sacrifican á él; otros, fanáticos, que caminan con una venda en los ojos y no ven los tropiezos ni sienten los dolores; algunos, de un temple de alma fortísimo, en que no hacen mella los zarrazos de la vida. Pero son los menos. Aun los que parecen gigantes, acaban por rendirse; y si se tumban, las oleadas de la gente que sigue caminando pasan sobre ellos y los pisotean. Hay que apartarse de la vía ordinaria, que venirse aquí, aquí. Y los que no somos bastante fuertes para resistir mucho, no podemos perder tiempo, confiados en que llegará la hora del reposo. Si no huimos, no llegará nunca ó llegará tarde.

De nuevo calló, sintiendo que se exaltaba, que iba á perder la serenidad que había encontrado su espíritu. Miró á todos lados como buscando en el paisaje nuevas fuentes en que beber la paz que ansiaba. El monte parecía agitarse con un rumor de hojas removidas. Una ráfaga de viento, más fuerte que las anteriores, se coló por la cañada con murmullo halagador, agitando los árboles y los juncos, y trajo consigo el suave tintineo de las esquilas de un ganado, que pacía en alguna hondonada próxima. Luego volvió el silencio, y Juan entornó los ojos para entregarse más aún al sosiego con que le brindaba la Naturaleza.

■■■■■■■■■■